

REVISTA

# Forma y sentimiento en la pintura de José Gallego



JAVIER DÍAZ LÓPEZ

*"Toda pregunta selecciona un campo de batalla".*

Kenneth Burke.

Siempre que me ha tocado escribir sobre José Gallego, una circunstancia adversa, teñida de tragedia, ha merodeado mi hogar. En las tres ocasiones que ha sucedido esto, esa extraña coincidencia me ha sacado de la vida reflexiva ordinaria, aparcándome, de bruces, ante las grandes verdades, nuestra fragilidad, la fugacidad de la existencia, la brevedad de la plenitud, el poder del recuerdo.

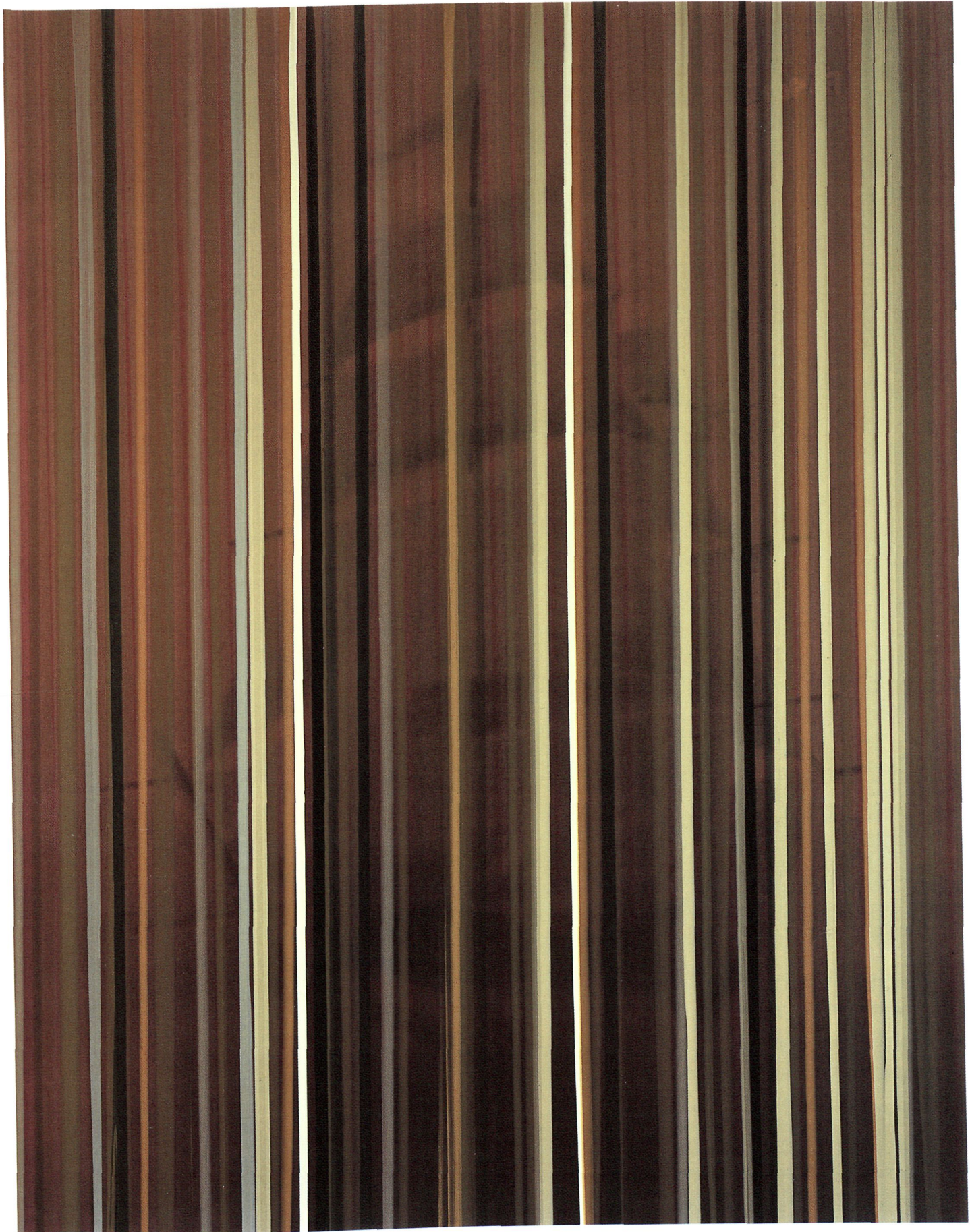
Y esta situación repetitiva ha enmarcado mi aproximación textual al mundo pictórico de José Gallego. Al parecer, mi contacto con su obra, mi interpretación de ella también, es fruto de un encuentro inusual entre la fatalidad y el azar. Paradójicamente, este hecho me ha pre-dispuesto hacia su pintura, un mosaico de imágenes cuyo principio axial es la *representación de la instantaneidad* y su atributo, el carácter fugitivo del juego visivo.

Pero ¿cómo puede mostrarse, pintarse, aquello que no está ahí, lo que la acción escrutadora de los sentidos no puede abarcar?

Desde 1989, al menos, la ocupación central de José Gallego ha girado en torno a la ideación y efectución de una *combinatoria transductiva* que le facilitara el acceso a las estancias secretas de la pintura, esos lugares que huelen a tradición, a estudio, a soledad, donde no pueden entrar a saco las estrategias y modos "in".

La obra realizada desde entonces por nuestro pintor denota su elección: explorar, y explotar, las posibilidades, todavía de la pintura, guardando una distancia prudente, aunque no displicente, con la discursividad que la impugna como arte vivo. Así, su universo pictórico se esconde en múltiples constelaciones, suturadas todas ellas por una misma energía, la que deviene de su multidireccional proyecto pictórico, es decir, de su intelección de la pintura como experiencia cognitiva y estética abierta a la complementariedad de los procedimientos, a la complejidad del mundo.

La trayectoria plástica de José Gallego se bifurca, en el tiempo, en dos aberturas espaciales interrelacionadas. Esta suerte de *décalage* continuo es un mecanismo metodológico regular en su trabajo. Tal dispositivo le permite construir un espacio pictórico unificado donde lo figuracional y lo abstracto, lejos de constituir esferas autónomas, se co-



José Gallego. *Sin título*, 1996. Pigmentos y barniz sobre papel entelado. 201 x 145 cm.



José Gallego. *Sin título*, 1996. Pigmentos y barniz sobre papel entelado.  
175 x 141 cm.

responden y confunden, configurándose cada cuadro como una entidad sinérgica provista de sentido interaccional y analógico, con independencia de, incluso *contra*, su sustrato temático y tratamiento formal.

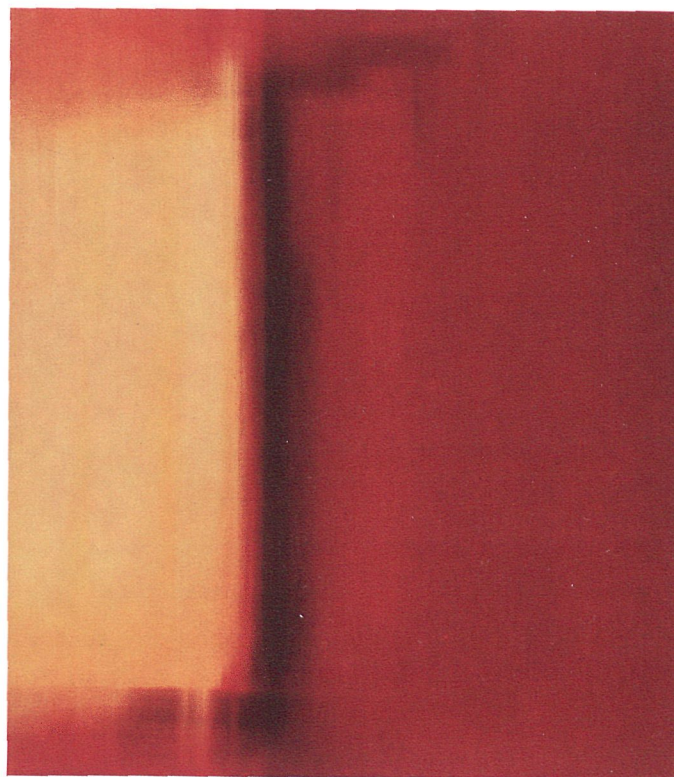
Los recursos técnicos que el pintor usa —el claroscuro, el barniz— para anular el *gap* visual, o ese *habitus* imaginado, que se produce cuando nos situamos en una posición equidistante, frente a dos cuadros cercanos —una corbeta navegando a barlovento tamizada de mar a mar por una cortina de tiras verticales y un campo de color cegador— aíslan su pintura de cualquier reducción unilateral. Si el claroscuro desfigura la materialidad escénica de sus composiciones, acrecentando de esa manera la sensación de vacío que las define, el barniz, al que él llama color informe, actúa en calidad de barrera de protección y delimitación de la pintura, como plano especular donde se refleja la mirada, como película engendradora de terceridad.

Sin embargo, bajo esa apariencia diversiforme, detrás del empleo creativo de los medios, fundándola, guiándoles, subyace una concepción *eidética* de la pintura, una *cosmovisión* *apresentacional* del fenómeno pictórico. De este modo, la producción del pintor se asemeja, por así

decirlo, a una colección de estampas sobre la finitud del sentido.

Proyectados por ese pensamiento, sus objetos, paisajes y abstracciones conforman un catálogo de sentimientos efímeros que, una vez disecados, revelan su reverso, lo que se ha disipado durante la ejecución del cuadro. La pintura de José Gallego se desarrolla en la frontera de la franqueza, entre lo visto y lo recordado, donde la presencia y la ausencia se entreveran. En sus lienzos, las cosas aparecen y se difuminan. Y al corazón de ellas dispara, ya que su levedad nos resitúa como espectadores en tránsito. Y, nosotros, acostumbrados a la rutina del *vistazo*, perdidos en este *Lebenswelt* indeterminable, recordamos, cuando miramos sus cuadros —porque presentados, si no presentidos, estamos en ellos— que la pintura es contemplación y admiración, inmolación del objeto, rememoración de lo percibido, abstracción del olvido, fabricación de ensueños, vivisección de emociones, comprensión, en fin, de su epopeya.

Para José Gallego, en consecuencia, la imagen resulta de la confluencia entre una impresión y una operación: la precaria duración de una visión, o de una mirada, implica, para el proceso de sedimentación del cuadro, reconstruir y recrear lo retenido, de donde surge *algo* que ya no es aquello que fue entrevisto, *algo* que no reproduce el acontecimiento cotidiano avistado. Ese *algo*, la pintura, emana, en verdad, del



José Gallego. *Sin título*, 1995. Pigmentos y barniz sobre papel entelado.  
167 x 146 cm.



José Gallego. *Sin título*, 1993. Pigmentos y barniz sobre papel entelado. 140 x 140 cm.

*mundo de la vida*, el hotel que nos aloja durante un corto ciclo, el escenario cuya alma pretende captar el pintor mediante la agitación de la conciencia y el despliegue de la imaginación.

---

**Javier Díaz López.** Escritor y crítico de arte. Doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor de Sociología de la Universidad de Cantabria. Especializado en Sociología de las artes y la cultura, es coautor de siete libros, habiendo publicado numerosos textos sobre arte, cultura y sociedad en periódicos, catálogos y revistas. Fue, asimismo, coordinador de exposiciones del Palacete-Embarcadero (Santander), durante 1985-1988.